

Señor Ernesto:

Desde aquí le digo, señor, que esto no puede continuar. Basta de sus misivas, no permito que alguien me hable (o escriba), en ese tono, no soy una cualquiera, debe usted saber que soy una señorita una s-e-ñ-o-r-i-t-a-, ¿me comprende?, virgen, nadie ha tocado mi cuerpo en los cuarenta años de vida que tengo, me preservó para un caballero, c-a-b-a-l-l-e-r-o, con todas sus letras, usted es sólo un desconocido. No perturbe la paz de mi hogar, no abriré ni una más de sus cartas, aunque la buena educación así lo requiera. Cumpló con informárselo.

Su segura servidora (comprenderá que esto es una fórmula de cortesía solamente)

ELISA

Elisa vida mia:

Es un bello encabezamiento, ¿no lo cree? ¿vio usted la película? Así querría tenerla, enamorada, rendida y desnuda a mis pies. Me pregunto a cada

instante, mi señorita, cómo se verán sus grandes pechos cada uno entre mis manos, las mías también grandes, hechas a la medida de esas tentaciones que usted sostiene erguida y soberbia cuando camina por las calles, dejando una estela de violetas a su paso. Quisiera, mi señorita, encenderla de pasión cuando le susurrara palabras nunca oídas en la oscuridad de la noche. Usted no sabría dónde estoy, todo debe estar muy oscuro para que no la proteja el recato. Usted diría quién anda ahí, salga de su escondite. Pero yo, mi querida señorita, sí la vería, porque el reflejo de su camisón blanco sería la dirección hacia donde yo apuntaría mis palabras, palabras ardientes, llenas de sentido ahora que la tendría a mi merced.

Le diría que imagine mis manos apretando sus pechos, mi boca lamiéndole aquella hilera de pelusa en su vientre hasta llegar a esa frondosidad en la que mi boca se sumergiría para hurgar con cadencia y sensualidad. Usted ya estaría dejando escapar un gemido, tocándose, tocándose entera, todos los lugares que mi voz descubre, todos.

Yo enloquecería señorita, Elisavidamía, y me tocaría también, en la oscuridad, sin acercármele para no romper el hechizo. *

Usted me llamaría, ven, ven y yo, desgarrado y lloroso, me alejaría por las cortinas entreabiertas hacia el patio, para que no me viera, para que sintiera mi dolor, Elisa, sólo para eso. Enardecida, apasionadamente suyo

ERNESTO

Muy señor suyo:

Desgraciada de mí, que no supe poner a buen resguardo su carta. Ya decía el cura de mi barrio que la curiosidad era pecado. Sí, la abrí, leí su misiva del cuatro de agosto.

Sé que la honestidad es una virtud y no le diré mentiras. Realmente su carta exacerbó mis bajos instintos, pero he salido esa misma tarde a la iglesia para aplacar las furias descorteses de la sangre y luego le he escrito ésta.

Sepa usted que soy una mujer fuerte y no me rendiré a sus oscuras pasiones. Las jaculatorias han puesto a salvo mi virtud. Le ruego, por lo más sagrado, que suspenda sus cartas. La soledad es mala consejera, ya lo sabe y yo estoy tan sola en este mundo desde que murió mamá, pobrecita, ella tan delicada y santa.

Tenga usted piedad de este cuerpo que quiso guardarse para la santidad y el recato propio de las damas y deje de escribirme. He llegado a enloquecer imaginando la escena que usted describe y hasta (no lo creerá) he tocado pecaminosamente mi cuerpo.

Compadézcase de esta muchacha que nunca ha conocido mano de hombre y ya no la perturbe más.

Su segura servidora

ELISA

Adorada Elisa:

Por fin se han escuchado mis ruegos. Tantas palabras escritas y por fin usted accede a ellas. No se imagina cómo he soñado con el momento en que mis cartas llegan. Primero, usted las recibe de manos del cartero, titubea, pero entra a su casa con mi carta.

Después se apoya temblorosa y huele el sobre. En él, aún perdura el olor de mi loción con aroma a madera. Usted imagina cómo soy yo. Quizás me ha puesto bigote, o tal vez ojos claros. Luego corre escaleras arriba y se arroja sobre la cama para mirar al trasluz. Se ruboriza y baja la carta. No quiere leer, su pudor, su maravilloso recato, se lo impiden. Deja el sobre en la cama y continúa con sus múltiples y desconocidos quehaceres.

La noche se avecina, querida Elisa, y usted debe retornar a su cuarto. No quiere. Sabe lo que le espera. Entra lentamente al dormitorio, y allí, sobre la cama, estoy yo. Bueno, no exactamente yo, pero sí mis palabras ardientes, mi locura por usted.

Se queda quieta y el corazón le empieza a latir desmesurado. Se arroja sobre la cama y aprieta el sobre entre los dedos. Cierra los ojos y apenas puede contenerse, los latidos amenazan con salirse del pecho. Aprieta más los párpados y sin abrirme aún, se levanta la falda, baja sus prendas íntimas y comienza a restregarse el sobre, arriba, abajo, arriba, abajo. En un comienzo está rígido y frío, pero usted lo humedece con sus textura viscosa que algún día mis labios probarán. Poco a poco ya no le importa el recato ni el qué dirán, y se deja ir, arriba, abajo, arriba abajo, hasta que un gemido se le escapa sin poder aferrarlo más. Usted grita, grita, con los ojos muy cerrados, apretados. Por fin los abre, deseada mía.

Entonces, Elisa, ya no puede leer mi carta, porque el sobre es un guiñapo de papel viscoso, por donde asoman manchones de mi tinta.

Ardoroso y candentemente suyo

ERNESTO

Ernesto:

Ya sabe usted, no le puedo mentir. Esto se ha convertido en una pesadilla. He olvidado como empiezan las jaculatorias, los yopecador y no hay rezo que me permita limpiar sus palabras de mi piel.

¿Es que acaso no puede entender que esto es para mí una tortura? Apelo a su caballerosidad, a la poca que debe quedarle, para que usted, con su fuerza, detenga este torrente pecaminoso que ya amenaza con quebrar mi luchador pero alterado espíritu.

No, usted no sabe todo. Sí, leí después su carta. La estiré cuidadosa sobre la cama (la colcha la tejió mi pobre madre en las tardes en que yo demoraba en llegar de la oficina, porque los mimbres estaban gastados y era un doble esfuerzo el ir timbrando hoja a hoja en la notaría, con ese círculo de goma que había que ir girando para que el mimbres apareciera con el decoro necesario). Pues, como le iba diciendo, la extendí y la fui secando cuidadosamente con la plancha. Allí aparecieron sus palabras, algunas como desdibujados manchones verdes (¿le había comentado lo elegante que me parece la tinta verde?). Un escalofrío me recorrió entera, nuevamente.

Usted sabe que ya estoy a su merced, como caballero, le suplico que no me escriba más y ponga a salvo mi honra, ahora precaria y titubeante.

Sin más, con esta temblorosa relación que se ha creado entre usted y yo, me despido, su atenta y segura servidora

ELISA

MI deseada e inmaculada Elisa:

Nada comparable al placer que me ha causado su carta. Usted debe comprender Elisavidamia, que soy un caballero, pero la pasión rompe de cuajo con todos los manuales de urbanidad y ética. Ahora todo ha cambiado, porque me atreveré a confesarle todo, todo.

Cierre los ojos Elisa y deje que mi lengua vague por su cuello, haga un círculo en espiral hacia sus pezones y los muerda, enceguecido y ávido, cada pecho, uno a uno, luego vaya a sus axilas, (no baje los brazos, por favor, mi señora), deje que lama esa cavidad y descubra lo que allí guarda.

Iré lento, lento, por usted, señorita, por cada escondrijo de su cuerpo. Usted abrirá apresurada las piernas, pero yo aún no quiero, aunque sé que le late otro corazón más intenso aún que el que yo adivino allí dentro. No, yo iré despacio lamiendo su vientre, mordiéndolo despacio, muy lento. Usted, arrebatada y sin pudor, me cogerá del pelo para obligarme a poner mi boca en su maraña oscura y virginal, y allí yo volveré a ser un niño succionándola, lamiéndola, encontrando esa pequeña protuberancia mágica que al solo contacto de mis labios la hará gritar enronquecida, enloquecida, enturbiadamente.

No se ruborice al leerme, señorita, no lo haga. Mi pasión recién comienza a mostrársele, esto es sólo un adelanto de lo que vendrá.

Apasionado y suyo, ahora sí, suyo y rendido a su pelvis, sus pechos, sus caderas....

ERNESTO

Muy señor mío:

Aquí estoy, aturdida y confusa, con la puerta cerrada para que ni yo me sorprenda si vuelvo a escribirle. Todo ha cambiado en mi vida. Despierto ojerosa y cansada, pero lista para escribirle en mis esquelas rosa, con membrete gótico EL, para tener la esperanza de volver a recibir una de las grises suyas, con esa tinta verde que me turba tanto.

Cada tarde repaso una a una sus cartas y ejecuto sus pedidos uno por uno, como una lección que yo sé que usted quiere darme para que me prepare al momento final.

Ya sólo al musitar su nombre (puede ver que el pudor fue archivado como un papel timbrado e inútil), se me humedece la entrepierna y me tiemblan las manos.

Ernesto, Ernesto, su nombre es una catarata que me arrastra a las turbias pasiones y a la inclemencia de esta soledad poblada de su nombre.

En la oficina ya sospechan y dicen que me he puesto bonita. Este milagro lo ha hecho usted Ernesto, antes nadie se fijaba en mi apariencia. Pero desde que usted ha llegado con sus palabras enloquecedoras, hasta don Germán, que es un solterón de anteojos y malhumor, me saluda por mi nombre de pila. No se ponga celoso, usted es lo más importante, lo que endulza mis tardes, cada día que espero hasta el viernes, en que puntual, me llega su sobre gris con tinta verde.

Mis pechos se endurecen cuando lo pienso, Ernesto, mi vientre se pone tenso y parece que algo quisiera escapárseme desde dentro y correr afuera, hacia la libertad.

No puedo más, Ernesto, no puedo más. Ardorosa y anhelantemente suya.

ELISA

Mi única, mi deseo, mi Elisa:

No tenga miedo de confesarlo, usted jamás dejará de ser una dama para mí: usted me desea. Estoy enloquecido y feliz, mi dama de violetas, mi cuerpo fuerte y grueso, mi pudorosa e intensa Elisa.

Cierre nuevamente los ojos, ciérrelos. Apague la luz si es necesario, mi deseada. Desde aquí, le estoy escurriendo mermelada de fresas por todo el cuerpo. Mis dedos son el pincel con que la pinto. También le pongo allí dentro y coronó con dos fresas sus pechos enormes y gratos.

Usted siente que se enfría con el dulce sobre el cuerpo, pero ahora de improvviso, mis dientes rasguñan uno de sus pezones, del que he comido sin desprenderme, la fresa. Sigue la otra, luego hago un camino con la boca y llego a sus pudores abiertos, encajo mi boca y mi nariz, succionándola, llevándome la mermelada y parte de usted con la lengua. Ya no puedo más, me abrazo con fuerza desusada a su cuerpo y nuestras pieles se anexan, se pegan de dulce, de deseo.

Usted descubre que en mi punta queda algo de mermelada y comienza inocente, a lamerla. No puedo más, no puedo más, le grito y escondo la cara entre los dedos embadurnados de dulce y me derramo entero sobre su vientre, lleno de espasmos y de vergüenza. Usted me abraza y las texturas de mis fluidos y el dulce se entremezclan. Yo quiero morir y descubro el pudor entre sus brazos.

Pero usted, mi amada Elisa, me retira amante y maternal dice que aún queda un poco de dulce, y con mi hombría caída y lánguida en su boca, que lame y lame como si lamiera una paleta o un helado, inocente muchacha que mira curiosa cómo empieza a hincharse y recupera su forma enhiesta y dura y ya no hay que esperar más, porque usted está temblando como un cachorro en la noche y yo bajo, me curvo sobre usted que añora este momento y entro con dificultad y su grito y su desgarró y su fiebre, me quedan latiendo en las sienes para siempre, alimentando el fuego que siento por usted, Elisa, mi vida entera.

En cuerpo y alma suyo.

ERNESTO

Mi único y amadísimo Ernesto:

Usted no ha dejado ni un recodo de mi cuerpo sin ser tocado por sus palabras. Comprenderá, mi amado, que las fresas han tenido que ser enlatadas, no es época. Don Germán me invitó a tomar un café, porque dijo que estaba muy nerviosa. Al abrir la cartera para sacar mi pañuelo, apareció la lata de fresas. Enrojecí. Esto es asunto de nosotros y no de extraños, ¿no le parece? Don Germán dijo que a él le encantaban también las fresas en toda estación y que lo llamara Germán no más.

Tuve que mandar a lavar las sábanas y mentir, que el perro había dado vuelta la bandeja del desayuno y que por eso. Usted sabe que no tengo ni siquiera un animal que acompañe mi soledad, salvo sus cartas, Ernesto.

En la parte en que su hombría entró en mí, puedo jurarle, mi adorado, que sentía cómo usted iba abriéndose paso a través de mi celosamente guardada virginidad.

Me convulsioné de placer, sin decoro alguno, como una chusca cualquiera, usted perdóneme, la carne es débil. Ya lo he perdido todo por usted, mi ardoroso Ernesto, luz de mis tardes, en que al cerrar los ojos repito cada carta para revivirlo, para que me lama, me toque, me denigre con la belleza que usted sabe.

Ya nada volverá a ser como antes, mi vida se divide en día de carta o resto de la semana. Usted o nada,. Ernesto, toda mi vida, mi luz, la risa plena. Lo desea sin tapujos.

ELISA

PD Espero que no importe, pero para que no piense mal, he invitado a Germán a tomar un licor de guinda el miércoles a casa. No se encele. Usted es el único, pero él está tan solo. También su madre murió, aunque hace unos pocos meses, no como la mía, que me falta hace 7 años ya.

Mía, mía, mía Elisa:

Usted, es lo más maravilloso que pueda desear la existencia de un hombre. Más la de un rendido enamorado como yo. Jamás pude imaginar que una dama como usted accedería a mis humildes cartas, que sólo esperan ser tocadas por usted, Elisa, y así, ser inmortales. Amada mía, tenga a bien acceder a uno más de mis sueños, tan sólo uno más.

Ponga una mano en su pecho izquierdo, con la zurda sostenga mi carta, mi añorada. Tóquese, tó-

quese, más abajo, apriete, muérdase los labios, sáquese sangre de ellos, revuélquese sobre el piso, ponga sus dedos allí, en ese lugar nuestro, restriéguese, restriéguese, más, más. Cuánto la amo, cuánto, ahora desde aquí, me derramo yo, también tocándome, mordiéndome, deseándola desgarradamente, Elisa, Elisa, fiebre que me hierve, me escurre por las piernas, me delata.

Elisa, ya no resisto ni un segundo sin entrar una y otra vez en usted. A cada instante, cuando camino y estoy solo, en la calle y en el trabajo, el cuerpo se me tensa, el pantalón me raspa y me recuerda que mi hombría depende de tenerla conmigo, ya no puedo vivir, todo el día erecto para usted, mi tributo a su cuerpo fuerte, tibio y virginal. Soy suyo, amada, ineludiblemente suyo.

ERNESTO

Mi amado:

Germán descubrió su carta, la de las fresas. Yo enrojecí de pudor y me fui al escritorio. Tecleé sobre la máquina toda la mañana, enceguecida por las lágrimas, mi renuncia.

La dejé sobre el escritorio de él y fui a recoger las cosas en una caja de cartón a mi oficina. Don Germán se vino por detrás mío y arrojó el sobre sin abrir, sobre mi escritorio.

Yo le dije que estaba dispuesta a que me denunciara ante el notario (él es el notario suplente y mi autoridad directa en el empleo). Dijo que no iba a renunciar a mí, ahora que me tenía a su alcance, ahora que me conocía tanto. Yo enrojecí aún más.

No quiero que usted piense mal de mí, pero he

decidido que lo mejor será terminar con esta correspondencia. Si lo vuelvo a necesitar, se lo haré saber. No se imagina el agradecimiento, el fervor con que le escribo esta última misiva, pero Germán vendrá mañana por la tarde y esto debe terminar ahora, mi adorado Ernesto.

Siempre se lo agradeceré, infinitamente. Ahora debo firmar solamente. Olvidaba decirle que él traerá un tarro de fresas.

Le ama y jamás le olvidará.

ELISA, viudasuya

Nunca más volvieron a ver en el correo, a la misteriosa cuarentona que cada martes expedía cartas rosadas y cada jueves sobres grises con tinta verde y olor a madera.